

Dietario en Zig-Zag

Comentario al margen

El drama en el teatro de Oscar Wilde: Un pequeño accidente melodramático y un amplio ropaje brillante y paradójico.

El drama en la Vida: Un gran accidente vibratorio, y un ropaje pobre, vulgar, entrecortado.

El drama en el Arte: Una acción profunda, intensa, cargada, y un ropaje medido, justo, purificado.

De Joseph Joubert

«En política es necesario dar siempre a roer un hueso a los revoltosos».

Pensamiento inmoral, por lo humano... por lo demasiado humano.

Inmortalidad

He aquí un nombre que vence al olvido: Francisco Rao.

¿Cuál fué la gesta; cuál fué la obra de Rao?

Mató una culebra que «desde la boca hasta la punta de la cola tenía de luengo veinte y dos pies, y en lo más grueso de ella era más gorda que dos puños juntos de las manos de un hombre mediano y la cabeza más gruesa que un puño».

Así lo consigna Gonzalo Hernández de Oviedo y Valdés en su *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, agregando al nombre heroico de Francisco Rao, y a la manera homérica, «natural de la villa de Madrid».

Después de Rao muchos habrán sido los matadores de culebras, tal vez más monumentales que la que inmortalizó al ilustre madrileño, pero no siempre andan aparejados los elementos que son necesarios para que sobre el héroe caiga la lotería de la inmortalidad.

Porque no hay duda de que si bien el hecho de matar una culebra es uno, y en justicia estricta los que matan culebras de igual tamaño que la que mató Rao deberían tener la gloria de Rao, las circunstancias son diversas, y la inmortalidad se debe a las circunstancias.

En primer lugar se necesita un cantor o un consignador a quien también las circunstancias immortalicen.

En segundo lugar se necesita que el cantor se sienta herido de admiración por el hecho heroico y se determine a cantarlo o a consignarlo.

Y en tercer lugar que el libro o el mármol en donde el nombre quede no desaparezca por alguna fortuita circunstancia.

Hasta hoy la suerte de Francisco Rao ha sido feliz. Y lo sabemos matador de culebras e hijo de Madrid, como sabemos al Telamonio Teukros matador del bravo guerrero Imbrios, hijo de Mentor y rico en caballos.

¿Que no es mucha la inmortalidad que se encuentra entre la espesa selva de esas ediciones de Clásicos Españoles, perdedoras y apretujadas? Tampoco es mucho matar a una culebra. Y una inmortalidad es una inmortalidad por pequeña que sea; un nombre escrito o recordado con más o menos esplendor. Porque nombres como el de Rao, para la mayoría, son Gonzalo Hernández de Oviedo y Valdés... y Homero.

Por nuestra parte, confesamos que la inmortalidad oscura es la que siempre nos ha tentado.

Ojalá que este *Dietario en Zig-Zag* nos fuera el equivalente de la culebra «de veintidós palmos de luengo y de cabeza más gruesa que un puño» que mató en Indias el hijo de la villa de Madrid Francisco Rao.

Apuntes rápidos

Primer fruto de un árbol niño.

El árbol, que ocultó travieso su primer fruto a los de la casa, lo muestra alegre a los que pasan.

A cada mirada codiciosa la púrpura del fruto se enciende más.

Pareja enamorada. ¿Quién cogerá el vedado fruto? Se levanta a la vez el brazo de ella y el brazo de él. Sus dedos se encuentran entre la juventud de las hojas. Juntos arrancan el fruto; juntas lo muerden sus bocas.

¡Qué bien sabe el fruto robado!

El árbol ríe con todas sus hojas infantiles la travesura!

Rincón de puerto. Noche clara. Sube a las estrellas una canción muy triste.

Miramos al cielo acongojados y lo sentimos lleno también de la congoja nuestra.

Hay una estrella en el azul que tiembla como una lágrima en un párpado. ¿Caerá sobre el mar?

Unas sombras dudosas en la noche... y un beso fuerte que dice dolor y pasión.

Hay sombras que únicamente pueden besarse en la sombra.

El mar llega hasta las tapias de un jardín desbordado de rosales.

Respiramos la rara mezcla del perfume tierno de las rosas y del perfume cruel del salitre del mar.

Un caso corriente: un suicidio.

Fué en una verde cala abrigada, de cara al Mediterráneo de un azul más que azul.

No hemos podido explicarnos por qué el suicida apretaba contra su pecho los *Diálogos* de Platón.

Nuestros ojos han visto las páginas del *Banquete* manchadas de sangre.

RAMÓN VINYES

Baranquilla, Colombia.

Juan Crisóstomo Lafinur...

(Viene de la página 184.)

pues, la felicidad poética de Lafinur, que supo cantar su devoción al ilustre general, con tanta gracia, naturalidad y sentimiento que aventajó a todos quienes lloraron en verso la misma muerte.

La aurora anunciaba un espléndido día. Pero ese joven pasó por la vida como un meteoro. Su curso provoca acerba polémica; la prensa clerical lo ataca, acusándole de materialista; él replica en *El Argos* y tiene partidarios y defensores; pero tanto se le hostiliza dentro y fuera del Colegio, que su ánimo se amarga y al fin resuelve abandonar la cátedra y Buenos Aires, en busca de tolerancia. Por donde quiera que pasa, en torno suyo se renueva la polémica. Aunque se defiende briosamente de sus adversarios, en periódicos por él mismo fundados, aquéllos son más poderosos que él. Le expulsan del colegio de Mendoza, donde había reanudado su enseñanza y le obligan a pasar a Chile; y allí también acorralan a este «Apóstol del Diablo», como llegaron a llamarle por el delito de haber explicado científicamente un terremoto y no como castigo del cielo; y habiendo lamentablemente perecido en un accidente en 1824, aun lo persiguen y escarnecen, atribuyéndole apócrifas retractaciones.

¡Muerte sobremanera deplorable! Estaba en la plenitud de su talento, de su entusiasmo y de sus fuerzas. De haber vivido algunos decenios más, en Chile hubiera fraternizado con nuestros ilustres proscritos del período de la tiranía, y Sarmiento y Alberdi habrían tenido en él, a quien tanto dolían las desgracias de la patria, un valeroso compañero de causa. De haber vivido algunos años más, este poeta en cuyos versos a la manera clásica, la